

propiamente eclesiológica en el tarea ecuménica. También cabe destacar la reafirmación del card. Cassidy del compromiso irrenunciable de la Iglesia Católica con la búsqueda de la unidad visible; llega a hablar de este compromiso como de una «prioridad pastoral». Afirmación importante en un momento en que parece suscitarse en muchos un cierto desánimo ante los obstáculos de los últimos tiempos.

Finalmente, es de notar la presencia de los anfitriones españoles que tuvieron ocasión de mostrar la actividad ecuménica en nuestra nación, a través de las palabras de Mons. Torrella, y de D. Julian G. Hernando, que hizo un breve resumen del ecumenismo en España, y de Julio R. Asensio, que habló de las iglesias evangélicas españolas.

J. R. Villar

**Emiliano JIMÉNEZ HERNÁNDEZ**, *Hombr en fiesta. Antropología para estar como cristiano en el mundo*, ed. Desclée de Brouwer, «Biblioteca catecumenal», Bilbao 1992, 342 pp., 12 x 19.

Dentro de la colección «Biblioteca catecumenal» de la ed. Desclée, el A. había publicado ya un primer título, *¿Quién soy yo? Antropología para andar como hombre en el mundo*, formulado a modo de interrogante al que el presente libro quiere responder, pero esta vez desde la visión propia de la fe cristiana. No se trata de un manual sistemático de antropología cristiana, sino más bien de unas reflexiones que responden al subtítulo del libro, agrupadas en torno al domingo y el tiempo litúrgico.

«El cristiano, que ha encontrado en Cristo el sentido de su vida, está en el mundo, participando de todas las realidades del mundo, pero está en fiesta, como testigo de la fiesta a la que Dios

llama al hombre que va por el mundo con la pregunta sobre el sentido de su vida. El cristiano le da razón de su esperanza» (p. 11).

El A. parte de la convicción de que ser cristiano significa, ante todo, —además de una forma de hacer, pensar y relacionarse—, un modo de ser y estar en el mundo. En este sentido, elegir como clave de una antropología cristiana el concepto de «fiesta» refleja acertadamente el reconocimiento cristiano de la bondad de la vida, del mundo de las cosas, de la historia y, en definitiva, de Dios. Significa «incorporarse al gesto creador de Dios». Estar en *fiesta* es la traducción directa de la fe: el cristiano tiene algo que celebrar, Alguien a quien festejar.

El libro se desarrolla siguiendo la celebración pascual que es la única fiesta del cristiano, la fiesta incesante, reiterada bajo aspectos diversos a lo largo del ciclo litúrgico, que conmemora y actualiza en el presente la salvación. El A. continúa así una percepción que ya los Padres de la Iglesia recogían gustosamente. Valgan dos testimonios: «Para un verdadero cristiano instruido toda la vida es una fiesta sagrada» (Clemente de Alejandría, *Stromata*, VII, 49, 3); «La vida vivida constantemente según el Logos de Dios no es «parte de una fiesta» sino una fiesta completa e ininterrumpida» (Orígenes, *Contra Celsum*, VIII, 23).

El A. no oculta la dificultad que presenta la sociedad actual para la comprensión festiva de la vida cristiana: la mentalidad del éxito y del triunfo material; la incompreensión que suscita lo gratuito, «lo festivo, lo lúdico, lo que no-sirve-para-nada». La fe que se desenvuelve en el interior de una cultura secularizada, sin embargo, debe marcar con fuerza expresiva la celebración de la fe común, los símbolos, los ritos cristianos, donde la vivencia de la fe en la

nueva criatura en Cristo sea total y tangible. Desde aquí será posible recuperar la capacidad festiva y así devolver al hombre su integridad, su puesto en la historia, recordando y celebrando su pasado, proyectando esperanzadamente el futuro y llenando de sentido su presente.

Un libro interesante, que gustará y será especialmente útil en la tarea pastoral. Permítasenos brindar al A. un pequeño complemento bibliográfico que hemos echado en falta en el libro. Nos referimos a la obra de Josef Pieper, *Una teoría de la fiesta*, Rialp, Madrid 1974, que seguramente enriquecerá la temática.

José R. Villar

## TEOLOGÍA MORAL

**Eduardo LÓPEZ AZPITARTE**, *Ética y vida. Desafíos actuales*, Ediciones Paulinas, Madrid 1990, 372 pp., 13, 5 x 21.

Como fruto de años de enseñanza en el campo de la teología moral, nos llega la obra del prof. López Azpitarte. Aunque su contenido es bastante heterogéneo, las diversas materias que estudia pueden comprenderse, en cierto modo, dentro de una idea de fondo: los análisis éticos a que se ha llegado dentro de la civilización tecnológica (especialmente las éticas de mínimos consensuadas) muestran graves deficiencias. Sólo un punto de vista plenamente humanizador, como el que se encuentra dentro de la ética cristiana, es capaz de dar a las cuestiones actualmente controvertidas un fundamento y una solución que apunte más allá de la elaboración de una convivencia pública, de consistencia muchas veces discutible; su análisis viene a dar coherencia teórica a las nuevas preocupaciones que se viven en

el ambiente de la civilización occidental: un cierto miedo a la tecnología desbocada, a la manipulación del hombre por el hombre, la nueva sensibilidad por la acción solidaria, etc.

Después de unos capítulos introductorios, en que muestra la necesidad de mirar los principios éticos cristianos —y los expone brevemente—, siguen tres partes; la primera se dedica a las intervenciones técnicas sobre la vida humana (ingeniería genética, reproducción asistida, eugenesia, aborto); la segunda se ocupa de cuestiones especialmente vivas aunque no tan ligadas al progreso tecnológico: la pena de muerte, la guerra, el suicidio, la eutanasia, los cuidados terminales y la información al enfermo; termina con algunos capítulos dedicados a situaciones en que se ve amenazada la integridad personal: la experimentación, el trasplante de órganos, los psicofármacos, la cuestión ecológica y la violación de la intimidad personal.

El desarrollo de las diversas cuestiones se realiza en un diálogo de la postura cristiana con los argumentos y dificultades que se han expuesto tanto en ambientes teológicos como de ciencias experimentales (especialmente en los temas de bioética). Este diálogo va mostrando la coherencia interna de la postura cristiana y las debilidades de argumentación de las críticas que se le han aducido. Y no trata de liquidar sumariamente las posturas discrepantes, sino de llegar al fondo de ellas para hacer que muestren su núcleo de racionalidad. Quizá, en algunos apartados, la extensión de la obra ha impuesto cierta brevedad a esta visión «de la parte contraria», pero la redacción trasluce una perfecta comprensión de sus argumentos y otra de las ideas que el A. quería inculcar con su libro: que lo cristiano coincide con lo más humano y razonable. La exposición no se queda en cuestiones de principios: desciende a detalles